

EPITAFIO.

En la inerte ceniza que reserva,
 El breve hueco de está losa helada,
 De un volcan de piedad acrisolada,
 El pábulo dichoso se conserva.
 Aunque su llama por la furia acerba
 De la Parca, parece sufocada,
 Allí en el firmamento colocada,
 Está burlando su intencion próterva.
 Muevan, espectador, tu triste llanto,
 Un sol de caridad enardecida,
 Un héroe de virtud acreditada:
 Un varon justo, religioso y santo,
 Un modelo ejemplar de buena vida,
 Un todo de piedad que ya hoy es nada.

CAPITULO ULTIMO.

Duelo de la familia del coronel, y gran trato de su viuda. Noticia de Pomposita y su muerte.

Como mi tutor fué tan bueno, al tanto lo sintieron todos, particularmente y con justicia su familia. Esta lo lloró largo tiempo, haciendo en sufragio de su alma y por su memoria, muchas obras de caridad cristiana. D. Modesto, Pudenciana y sus hijos redoblaron su amor y cuidado hácia D. Matilde, y recibia esta tantas demostraciones de todos, que decia á sus amigas: „Ya no tengo fuerzas para soportar y agrade-

cer el cúmulo de bienes que hacen llover sobre mí mis hijos. ¡Ojalá estuviera en su poder resucitarme á mi amadísimo esposo!” D. Modesto trató de llenar su deber de albacea, solo por cumplir, y nunca por pensar en la division; pero D. Matilde no quiso que hiciera inventario de los bienes, sino que todo lo dejó en manos de sus hijos, diciéndoles que eran dueños de todo: estos la cuidaban y contemplaban al pensamiento, sin dejarle desear nada ni un momento, y haciendo que todo el mundo la tratara y respetara como la madre y cabeza de toda la familia.

De este modo habia vivido largos cuatro años aquella virtuosa familia, llena de felicidad, solo suspirando por D. Rodrigo y deseando saber de Eufrosina y Pomposita, de quienes no habia la mas ligera noticia: cuando una mañana que estaban almorzando, el criado avisó que afuera estaba una que decia llevaba un recado importante; y diciéndole que entrase, vieron una muger vieja, cuyo semblante, andrajoso y sucio vestido, representaba la misma miseria; y sin detenerse dijo: „Señoritas, las vengo avisar, allan casa asiocho dias que esta muy mala, y yo como probe no tengo para los remedios, no mas tantito

atole le doy á ña Tontosita." No acabaron de oír este disparate, sin conocer que se trataba de Pomposa, y concibiendo el estado infeliz en que estaria, en el momento se dejó lo que faltaba del almuerzo, y parándose D. Modesto como distraído, gritó: „Que saquen el coche, y vamos por mi hermana Pomposita." Las señoras preguntaron á la muger si estaba tambien con ella la madre de la enferma, y ella contestó: „Conque croque dicen que ya se murió." Salido el coche, montamos á él D. Modesto, las dos señoras y yo, pues aunque se hizo instancia á la muger para que subiera, no se pudo conseguir, y se fué á pié guiando al cochero, porque no sabia dar las señas de su casa, y nos condujo á una accesoria del callejon de la Chiquihuitera, en donde sin mas ajuar que el tlecuile y tres tepalcates, encontramos á la desventurada Pomposita, en una cama que formaban dos petates de tule rotos, en el suelo, cubierta con asquerosísimos andrajos, y heçha un esqueleto, de manera que no la habriamos conocido, si ella no hubiera rompido en un fuerte llanto luego que nos vió, llamando con voz dolorida y penetrante á todos y cada uno, pidiendo por amor de Dios que olvidáse-

mos su conducta y le tuviésemos compasion. D.^a Matilde y Pudenciana sin asco á su deplorable estado, ni temor á la enfermedad, se arrojaron á aquel miserable lecho, y llenándola de abrazos, le manifestaron que nunca podian olvidar lo que las perteneçia, y que procurarian tratarla segun su deber, y que de su conducta no se acordase mas que para arrepentirse de ella, y pedirle á Dios perdon.

Mirando que por lo que parecia no estaba en disposicion de moverla, se mandó al cochero fuera violentamente por el Dr. G. . . . y como entretanto, deseosos de saber de Eufrosina, preguntaran por ella á la enferma, dando esta un profundo suspiro y como ahogándose en su pecho un acerbo dolor, exclamó: „¡Ah, mi madre infeliz, causa primaria de nuestros males, ya no existe! ¡Ella ha dado cuenta de sus dias y de los mios, en el tremendo tribunal de la Divina justicia! murió hace dos meses en el hospital de S. Andres. . . . Todos estábamos anegados en llanto, y cuando algo nos serenábamos, Pomposa prosiguió: „Aunque VV. no pueden apreciar la historia de nuestros últimos dias, y sin embargo de que ella no es honrosa ni agradable, para que sirva de ejemplo y es-

carmiento á los padres de familia sin prudencia ni juicio, y á las jóvenes que con tiempo no aprovechan lo poco bueno que se les enseña y las lecciones que da el mundo, pido á Dios me dé aliento para poderla relatar aunque en breve, y á VV. sufrimiento para escuchar procederes lamentables y vergonzosos. Ya saben hasta el casamiento que mi inconsiderada ligereza y vil interes de mi madre me hicieron celebrar con el perverso que hizo toda mi ruina; pues pasado esto, como nos encontramos sin recurso, abandonadas de los buenos amigos, notoria y enormemente infamadas, ya no dimos ningun lugar á la reflexion, y despechadas, yo me prostituí con el apoyo de mi madre; y si los primeros dias pudimos vivir por medio tan inicuo y criminal, bien pronto fué ménos útil, porque yo desmerecia diariamente, y atacadas de hambre, nos relacionamos con públicas ramerás, con quienes concurrí á toda clase de lupanares, descendiendo á proporcion hasta á los mas miserables; en uno de estos me comuniqué y trabé ilícita amistad con un soldado de Guanajuato, que desertó á poco tiempo con la mira de que nos fuéramos á su tierra, segun él decia; pero ántes de esto combinado con un

tal M. R. y otros tan malvados como él, hicieron un robo de consideracion, que mi madre y yo ocultábamos en la parte que tocaba al deserior; y como no tardara en descubrirse, nos prendieron y llevaron á la cárcel de corte, donde negamos nuestros nombres poniéndonos otros. Mi madre sobre su edad y anteriores padecimientos, ya no pudo sufrir, como yo, en la prision las hambres, miserias, hediondez, y demas plagas de la cárcel; ya no pudo resistir, y cayendo á los seis meses muy mala en una cama de fiebre, tuve el dolor de verla salir para el hospital, y saber despues que habia muerto. Yo continué en la prision, donde me fui enfermado mas de lo que estaba, hasta habré quince dias que me mandaron poner en libertad, dándome por compurgada de la complicidad en el robo. Yo salí sin saber adonde iba, echando ménos la compañía de mi madre, cuya falta me hizo conocer mas lo horrible de mi situacion, y sin discarrir el modo de remediarla, por no tener ni á quien volver mis ojos, pues que la vergüenza no me dejaba buscar á VV. ni queria volver á la prostitucion, y andando maquinalmente, al pasar por esta casa ví en la puerta á su dueña, é inspi-

rándome alguna confianza su exterior, la rogué me diera posada que con generosidad me franqueó al momento; y como por esta franqueza, y caridad con que en medio de su pobreza me socorria con algun alimento se hiciera acreedora á mi confianza, le conté algo de mi vida, la muerte de mi madre, y la familia á que pertenecia; pero rogándole guardase secreto, pues que moriria de vergüenza á la vista de VV.; mas ella que me ha visto mas enferma cada dia á resulta de mi conducta y padecimientos, habria solicitado á VV. y avisádoles por caridad. Dios sabe cómo y por que ordena todos los acontecimientos del mundo. A mí no me toca mas que pedir á su Magestad me perdone mis innumerables culpas, y á VV. los disgustos y pesares que les he dado.... ¡O muerte! ¡Qué terrible es tu aspecto para quien acibaró su vida con las vanidades é indigestos placeres del mundo, y que jamas levantó sinceramente el corazon á su criador! ¡Oh si mis dias....”

Desvaneciose á estas palabras. Cayó privada, y quedó inmóvil por algunos instantes y sin sentido alguno. Volvió á poco, pero la calentura se le habia agravado notablemente y comenzaba á delirar, á tiem-

po que llegó el médico, y reconociéndola dijo que era traerle la muerte mas violenta, el sacarla de allí como queria su familia: que sobre un gálico irremediable, como lo decian bien claro las úlceras de boca y nariz, y las llagas de las piernas, tenia una fiebre voraz de que no podia escapar: que era necesario se asistiese allí, y que luego que serenara un poco se dispusiera y sacramentara. Recetó, y por disposicion de la familia repitió durante la tarde y la noche otras cuatro visitas.

Tan luego como D. Modesto y Pudenciana se enteraron del estado de gravedad de la enferma, montaron en el coche, quedándonos allí para lo que se ofreciera, doña Matilde y yo, fueron á casa, y á poco volvieron trayendo en el mismo coche, colchon, ropa de cama, y camisas para la enferma, y los trastes necesarios para su asistencia y servicio, y á poco rato llegó el mozo con cargadores que traian mesa, sillas, bancos de cama, y lo que se creyó preciso. Todo el dia y la noche lo pasamos allí, ménos Doña Matilde que por instancias de sus hijos que querian librarla de un contagio, á pretexto de que les hiciera favor de ir á cuidar de la casa y los niños, la hicieron irse en la noche, y vol-

vió al día siguiente temprano. La enferma amaneció mejor, y aprovechando el tiempo se dispuso lo más posible y se sacramentó y oleó; pero apenas acababa de recibir los auxilios espirituales, cuando se fué empeorando, y á las ocho de la noche, en medio de los mas vehementes dolores y agitacion, auxiliada por los padres camilos que se habian llamado, entregó su alma al Criador, dejando un patético y sensible ejemplo y escarmiento, á las mugeres sin juicio que siguen las mismas ideas y conducta de la infeliz Pomposa.

Esa noche, dejando allí dos personas de confianza, fuimos todos á dormir á casa, y al día siguiente se dispuso el entierro como de una persona de la familia, al que asistió un capitan que nunca se pudo saber quien era, pues solo concurrió, y se fué sin despedida, y muy triste. Se mandaron decir por su alma porcion de misas, y se sepultó en el panteon de S. Pablo, y en su sepulcro se puso el siguiente

EPITAFIO.

Detente y mira, viagero,
Esta ceniza asquerosa
Que formaba de Pomposa
El atractivo hechicero.
Por él, formó ella el sendere



Entregó su alma al Criador, dejando un patético y sensible ejemplo.

Que la llevó al precipicio,
Desplomando un edificio.
Que mas hubiera durado
Si no lo hubiera abreviado
Su poco talento y juicio.

D. Modesto, de acuerdo con madre y esposa, para compensar su caridad á la pobre vieja que habia recogido y socorrido á Pomposa, le regalaron la cama y cuanto habian llevado para su asistencia, le dieron alguna ropa y la señalaron un socorro de doce pesos cada mes. Así obraba esta ejemplar familia, que con los muy buenos principios que tuvieron y supieron aprovechar, y sus naturales generosos sentimientos, hicieron su felicidad, así como la de todas las personas que los rodeaban.

A pocos dias de la muerte de Pomposa me encontré casualmente con dos de los colegiales que le pusieron el sobrenombre de Quijotita, que eran cabalmente Sanson Carrasco que ya era eclesiástico y cura de T.... y el Zorro que estaba recibido de abogado, é impuestos del fin triste de Pomposa, y lo que lo habia ocasionado, con aquel su humor alegre y bufon que no habian perdido, le compusieron un epitafio que decia así:

Quijota, ¿de qué sirvieron
 Tus monadas y embelesos,
 Si al fin reducida á huesos
 Todas tus gracias se vieron,
 Y en polvo se convirtieron
 Tus formas tan exquisitas?
 Desengaño, mugercitas,
 Pensad con mas madurez,
 En lograr buena vejez,
 Negada á las Quijotitas.

El licenciado Narices, que habia continuado conmigo su comunicacion, haciéndole una visita é informándole de la lastimosa muerte de nuestra Quijotita, la hizo tambien un epitafio, que si mal no me acuerdo decia así.

Nihil aliud est vita nisi fumus.

Yaces, muger reducida,
 En este sepulcro frio,
 Sin valerte ni tu brío
 Ni tu hermosura mentida.
 En esto para una vida
 Inmortal, desarreglada,
 Que temprano fué enviada
 Por caprichosos contentos,
 En que olvidó los momentos
 De reducirse á la nada.

He dado fin á la historia de la célebre Quijotita, de las que por desgracia hay muchas en todas partes. Ojalá que lo que

he dicho sea bastante para que reformen su conducta, para que hagan su felicidad, la de sus esposos y familia, y pareciéndome útil al intento, regalo á las señoras con unas máximas que de puño y letra de mi finado tutor el Sr. coronel D. Rodrigo Linarte, se encontraron entre sus papeles, y son las siguientes.

La muger que obedece á su marido, esa le manda.

Cuando la muger asiste á su oficio, el marido la ama, la familia anda en concierto, aprenden virtud los hijos, reina la paz doméstica, y la hacienda crece.

Una muger puede estar segura del corazon de su marido, en tanto que ella lo esté de su paciencia.

En los negocios de su familia, y no en los del estado, es donde una muger debe manifestar su talento y su prudencia.

Muger, no quieras parecerte al hombre. Los dos sexos no deben tener nada de comun en sí.

La muger casada guarde tal moderacion y compostura, que solo en su cintura se conozca que ya no es virgen.

No aspire á dominar á tu marido, contentate con tener una dulce influencia sobre su corazon. Sé para el aquella tierna

luz, aquella pacífica claridad que luce en los campos Eliseos.

Muger recién casada, no abuses del ascendiente de tu sexo y edad sobre tu joven esposo: tarde ó temprano él volverá á tomar su carácter, y teme que al cesar de ver en tí su querida, no te halle ni aun digna de ser su compañera.

Si quieres que tu marido permanezca siempre á tu lado, haz de modo que no encuentre en otra parte tantas gracias, modestia, dulzura y ternera como en tu casa.

Jóven casada, si deseas vivir en paz, evita el querer tener siempre razon con tu marido.

Sea la esposa, la hermana de su marido enfermo.

Esposa ofendida, no seas vengativa: el perdón de una injuria embellece á la misma Vénus.

Yo que habia visto en la familia de Pomposa tan sensibles desengaños de lo que es el mundo, no queriendo experimentarlo mas, me dí por muerto.

FIN DE LA OBRA.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE CUARTO Y ULTIMO TOMO.

	Pág.
CAPITULO I. <i>En el que continúa el coronel instruyendo á su hija acerca del matrimonio.....</i>	3
CAP. II. <i>En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata.....</i>	38
CAP. III. <i>En el que se refiere la conversacion de las dos niñas, y se descubren los formidables espectros que asustaron á la timida Quijotita.....</i>	57
CAP. IV. <i>En el que se refiere la peligrosa aventura en que se vió nuestra Quijotita por su fervorosa é imprudente virtud....</i>	88
CAP. V. <i>En el que sigue la santidad de Pomposa, y su heroica resolucion de ser ermitaña.....</i>	110
CAP. VI. <i>Hallazgo de la ermitaña Quijotita y peregrino desentace de su santidad....</i>	122
CAP. VII. <i>Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta verificar el casamiento.....</i>	129
CAP. VIII. <i>En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana, y los despilfarros de Pomposita.....</i>	144
CAP. IX. <i>En el que se da razon de una extraña aventura que le sucedió á Pomposita.</i>	167
CAP. X. <i>Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita, desatinada</i>	

<i>inversion que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra ese vicio detestable.....</i>	181
CAP. XI. <i>Noticia de donde está D. Dionisio, y su nueva fortuna, su llegada á Méjico, nueva conducta que entabló. Por su muger é hija, cae en una cama, y muere. Ingratisimo modo de obras de Eufrosina en este lance.....</i>	195
CAP. XII. <i>El coronel cumple pronta y fielmente su encargo de albacea. Eufrosina y Quijotita continuan sus desbaratos. Pudenciana y su marido con esta constante buena conducta van progresando. El coronel cuenta la historia de una viuda.....</i>	214
CAP. XIII. <i>Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: desengaño de quien era este: prostitucion de madre é hija. Muerte del coronel.....</i>	227
CAP. XIV. <i>Duelo de la familia del coronel, y gran trato de su viuda. Noticia de Pomposita y su muerte.....</i>	242

FIN.

